



Los halcones de la OTAN —que tienen, sin duda, su correspondencia en el Pacto de Varsovia— insisten en la necesidad de un rearme nuclear de Europa frente a la "amenaza soviética". (Maniobras de la Alianza Atlántica.)

OTAN: NEUTRONES O DIPLOMACIA

JOAQUIN RABAGO

A Henry Kissinger —el ex secretario de Estado convertido ahora en prelado y costoso conferenciante en clubs políticos y Universidades— le preocupa el poder que, según él, no deja de acumular Moscú. En una reciente entrevista publicada en "Newsweek", Kissinger interrumpió la política de discreción que habla venido observando en relación con el Gobierno Carter y dirigía contra éste todas sus baterías: los Estados Unidos no podían continuar estancados mientras la URSS llevaba adelante en África y Asia, bien directamente, bien a través de terceros (léase Cuba y Alemania Oriental), su opción geopolítica. Aceptar la idea de una supremacía soviética en el terreno militar equivalía a crear caos e incertidumbre, con lo que se pondría en peligro "nuestra" —la de Estados Unidos— seguridad inmediata.

Casi simultáneamente a la publicación de esas declaraciones en el semanario norteamericano, los ministros de Defensa de la NATO y los más altos mandos militares de la Alianza celebraban en Bruselas uno de sus periódicos encuentros. El ambiente de la reunión era de cierta alarma. Según un sector de los militares, encabezado por el máximo responsable en Europa, el general norteamericano Alexander Haig, la relación de fuerzas en Cen-

troeuropa era cada vez más favorable a la Unión Soviética. Si no se ponía pronto remedio a ese estado de cosas, la estrategia de disuasión acabaría fracasando y la seguridad del Viejo Continente se vería amenazada. El remedio —o al menos parte del mismo— estaba en la adopción por los países europeos miembros de la Alianza del sistema de alerta rápida "Awacs", según las recomendaciones que ya hiciera el Presidente Carter en la cumbre de la NATO celebrada en Washington a comienzos de 1978.

La red de alerta "Awacs" (1) consiste en una flota de 18 aviones Boeing E-3A, versión militar del cuatrirreactor comercial Boeing 707-320, especialmente equipados con un complejísimo sistema de radar y que, volando a una altura de 9.000 metros, podrán detectar cualquier movimiento sospechoso que se produzca entre la superficie terrestre y la estratosfera en un radio de 500 kilómetros. Los Boeing E-3A tendrán, además, una autonomía de vuelo de trece horas, durante las cuales podrán recorrer 10.000 kilómetros. Sin embargo, la principal ventaja que atribuyen los militares al sistema "Awacs" es su rapidez de alarma, que rebaja en

entre seis y diez minutos el tiempo que necesitan otros sistemas tradicionales instalados en tierra. Su máximo inconveniente es el coste: unos ciento treinta y tres mil millones de pesetas, a los que hay que unir los gastos de mantenimiento, que representan, por ejemplo, sólo para la RFA, 100 millones de marcos —unos 3.800 millones de pesetas— anuales. Gastos que, según algunos, no están en absoluto compensados por las posibles ventajas del nuevo sistema. En efecto, destinados en principio a sobrevolar los territorios fronterizos con el Este, pues sólo así podrán espiar en territorio "enemigo" hasta una distancia de 500 kilómetros, es muy probable que los Boeing E-3A necesitasen a su vez de una flotilla de aviones de combate para su defensa, con lo que el proyecto inicial se encarecería todavía más. Y en el caso de que, por razones de seguridad, tuviesen que operar a distancia de la frontera, se perdería la ventaja de su rapidez de alarma. Además, señalan los críticos del sistema "Awacs", éste sólo estará en pleno funcionamiento hacia la mitad de los años ochenta, fecha para la cual se dispondrá ya seguramente de satélites de espionaje más sofisticados y seguros que los actuales.

Como se sabe, los satélites hoy existentes tienen algunas limitacio-

nes: unos —los del tipo "Big Bird"— describen órbitas en torno a la Tierra a una altura de entre 160 y 300 kilómetros, y sobrevuelan el mismo punto cada doce horas. Provistos de cámaras electrónicas y ópticas, tienen como misión descubrir silos para cohetes, concentraciones de yanques, etcétera. Un segundo tipo lo constituyen los satélites de alarma rápida, que se hallan en órbita geostacionaria, lo que significa que su velocidad de traslación corresponde exactamente a la de rotación de la Tierra, con lo que permanecen suspendidos —a 36.000 kilómetros de altura— siempre sobre un mismo punto.

El ritmo de desarrollo de la tecnología militar permite prever, sin embargo, la fabricación de nuevos modelos de satélites espías, dotados de mayor flexibilidad de movimiento y provistos de sistemas de alarma mucho más rápidos y, sobre todo, más seguros que los que hoy pueden proporcionar los Boeing E-3A.

Pese a estas y otras críticas, los partidarios del proyecto "Awacs", con el general Haig al frente, lograron sus propósitos en la reunión de Bruselas. Los miembros europeos de la Alianza aceptaron finalmente el sacrificio económico que pedían los norteamericanos, aunque en algunos casos mediase cierto chahueo: así, por ejemplo, a cambio de

(1) "Airborne Warning and Control System" (Sistema Aerotransportado de Alerta y Control).

la aceptación por la RFA del proyecto, en ese país se fabricarían ciertas piezas electrónicas para el sistema de alarma del Boeing E-3A, y al mismo tiempo USA se comprometía a comprar también en Alemania Occidental camiones e instalaciones telefónicas para el Ejército norteamericano. El negocio —y el de los armamentos lo es y muy pingüe— es el negocio.

La tercera guerra mundial

Pero en esa reunión de la NATO no sólo se discutió del coste del "Awacs", sino que se estudiaron las hipótesis más alarmistas, hábilmente sembradas por el citado sector de los militares "halcones", sobre el poderío soviético y el porvenir de Europa. No es que aquéllos llegasen a dar por buenas las fantasías del general belga Robert Close, expuestas hace un par de años en forma de libro, y según las cuales, en caso de guerra, la Unión Soviética podría llegar al Rin en sólo cuarenta y ocho horas. El propio Alexander Haig había refutado en su momento tal hipótesis, porque admitirlo habría equivalido a reconocer el ridículo papel de los propios militares de la OTAN. Si parece que se aceptaron en parte las hipótesis más realistas de otro general también retirado, el británico, nacido en Australia, sir John Hackett, quien, en su libro "La tercera guerra mundial", "best-seller" en Gran Bretaña y la RFA, sitúa en 1985 una invasión de Europa por la URSS con empleo de armas químicas y convencionales, y calcula en una semana el tiempo que necesitan las tropas del Pacto de Varsovia para llegar hasta el Rin. Aunque —respiremos tranquilos los europeos— el libro de Hackett tiene su "happy end": en el último instante, como los americanos en las películas de indios, arribará a las costas europeas un convoy salvador de los Estados Unidos de América después de atravesar todo el océano y burlar a los submarinos soviéticos que en él pululan.

¿Puede hablarse, sin embargo, seriamente de la supremacía de las fuerzas del Pacto de Varsovia sobre las de la OTAN en la Europa Central? Tal vez sólo si se comparan, como engañosamente se ha venido haciendo hasta ahora, los simples datos numéricos. Es decir, igual que si se tratase de una batalla con soldaditos de plomo. Así tenemos, por ejemplo, que la OTAN cuenta en Centroeuropa con 981.000 hombres, frente a los 987.000 declarados oficialmente por el Pacto de Varsovia. (Según fuentes de la OTAN, son unos 150.000 más.) El Pacto dispone, además, de 27.000 tanques, frente a los 11.000 de la OTAN. Otro tanto ocurre con el número de aviones de combate. Sólo en armas atómicas tácticas —las ci-

fras son todas del Peace Research Institute, de Estocolmo (SIPRI)—aventa la Alianza, con un total de 7.000, al Pacto: 3.500.

Sin embargo, en ninguno de estos cálculos se valora ni la preparación ni la moral de las tropas, ni la calidad y el estado de conservación del armamento utilizado. Según algunas fuentes especializadas, gran parte del material bélico —sobre todo tanques— utilizado por el Pacto de Varsovia está envejecido; muchos aviones de combate están equipados más para la defensa que para el ataque, y los instrumentos electrónicos que llevan a bordo son en cualquier caso inferiores a los instalados en los aviones de la NATO. El personal militar parece estar también mejor preparado en Occidente. Y no conviene olvidar tampoco el papel de gendarmes que cumplen a veces las tropas del Pacto de Varsovia: como se vio en el caso de Checoslovaquia. Y las dimensiones en el bloque: caso rumano.



En la última reunión de la OTAN en Bruselas, Haig y sus representantes del Pentágono consiguieron que los miembros europeos de la Alianza aprobaran la adopción del costosísimo sistema de alerta "Awacs".

Los halcones no cejan

Pese a todas estas evidencias, el grupo de halcones de la OTAN, que encuentran sin duda su correspondencia en el Pacto de Varsovia, insiste en la necesidad de acelerar el rearme nuclear de Europa. Lo justifican, sobre todo, por la amenaza que suponen las nuevas armas soviéticas como el bombardero "Backfire", capaz de alcanzar territorio norteamericano a partir de sus bases en la Unión Soviética, y los cohetes "SS-20".

Aunque en sus recientes conversaciones con el canciller Schmidt el propio Leónidas Brejnev se manifestó dispuesto a discutir también sobre esas armas "euroestratégicas", los militares de la OTAN se empeñan en llevar a cabo el "long term defence program" (pro-

grama de defensa a largo plazo), propugnado por Washington, modernizando el arsenal de armas atómicas. A los norteamericanos les interesa saber en este momento no sólo cuántos países europeos están dispuestos a instalar en sus territorios los "cruise missiles" —misiles de largo alcance provistos de cabeza atómica—, sino también si el nuevo sistema, destinado a entrar en funcionamiento en 1981, debe estar íntegramente a cargo de personal norteamericano o servido por unidades europeas bajo control USA.

Frente a esta especie de histeria armamentista comienzan a alzarse, sin embargo, algunas voces, que tratan de advertir a los responsables de la defensa occidental sobre los peligros que entraña para la "détente" entre los bloques una política como la propugnada por los halcones de la Alianza.

La Unión Soviética, dicen, no ha logrado superar todavía su psicosis de cerco —que dura desde los años

de futuro. Porque acumular armamento, como si el ataque que se teme fuera una posibilidad real y cercana, no hará sino crear mayores tensiones, que a su vez pueden contribuir a que ocurra finalmente lo que se trata de evitar.

Los defensores de las tesis negociadoras rechazan la oportunidad de ciertas maniobras como las últimas de la OTAN, realizadas en la RFA el pasado otoño ("Forja de otoño"), porque constituyen un serio obstáculo para la firma de acuerdos como los SALT II, todavía pendientes (2). Un fracaso en estas conversaciones repercutiría no sólo en la producción de armamento estratégico, sino seguramente también en la de armas convencionales y tácticas de tipo nuclear.

Claro que muchos afirman ya cínicamente que tanto las conversaciones SALT como las que se celebran en Viena desde 1973 en torno a la Reducción Mutua y Equilibrada de Fuerzas (Mutual Balanced Forces Reduction, MBFR), no cumplen de hecho más que una función: la de acallar las críticas de quienes, tanto en el Este como en el Oeste, se oponen a la carrera de armamentos. Porque mientras los negociadores se enzarzan en interminables disquisiciones sobre qué armas deben ser consideradas tácticas y qué otras estratégicas, o sobre cómo contabilizar las tropas de uno y otro lado, los mismos Gobiernos llevan adelante los más descabellados programas bélicos, que ellos llaman eufemísticamente "de defensa". Programas para la fabricación de satélites antisatélites —en sus distintas variantes, según que los satélites que se trate de destruir estén situados en órbitas altas o bajas—, de misiles tipo "pop-up", o de equipos de rayos láser, capaces de reducir un objeto volante al estado de licuefacción en cuestión de segundos. Y es de prever que se vuelva al tema de la bomba de neutrones, cuyo proyecto de fabricación Carter no desechó totalmente el pasado mes de abril, sino que se limitó simplemente a meter en un cajón en espera de mejor momento.

Todo esto cuesta, naturalmente, cada vez más dinero. Así, según el anuario del SIPRI correspondiente a 1978, los gastos mundiales en armamento fueron de 331.600 millones de dólares, de los cuales 262.800 millones correspondieron a países industrializados, y los 68.800 millones restantes, a Estados del Tercer Mundo, donde también millones de seres humanos no alcanzan los niveles mínimos de subsistencia, y donde todavía más millones de personas son totalmente analfabetas. ■

(2) En octubre de 1977 caducaba el plazo fijado por el primer acuerdo SALT, de 1972. Al no haberse llegado a un nuevo acuerdo, se decidió prolongar aquél.